

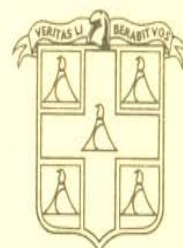
Manuel



Universidad Jesuita

LECCIÓN INAUGURAL

AÑO ACADÉMICO 2009



UCA
Universidad
Centroamericana



P. ROLANDO ALVARADO LÓPEZ, S.J.

De origen nicaragüense. Realizó sus estudios en el Colegio Centroamérica, dirigido por Sacerdotes Jesuitas en Nicaragua. En la UCA de El Salvador obtuvo sus títulos de Profesor de Educación Media en Filosofía y Licenciado en Filosofía.

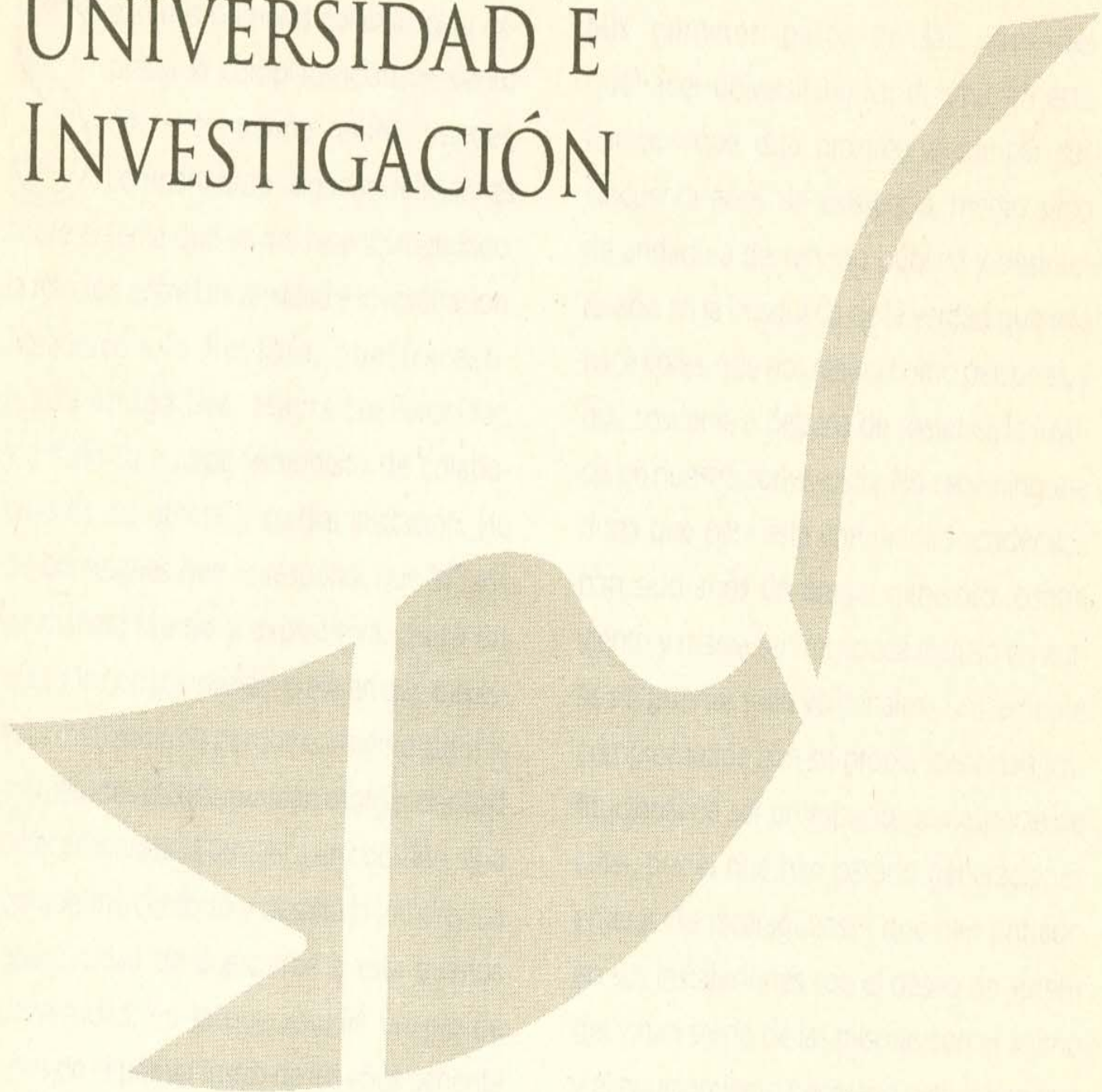
Es Licenciado en Estudios Eclesiásticos y Máster en Teología Dogmático-Fundamental por la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, España. En dicha universidad también realizó estudios de doctorado en Teología, teniendo pendiente su tesis titulada: "La salvación cristiana: una aproximación a la teología de Ignacio Ellacuría".

En el campo teológico ha sido catedrático de "Teología Fundamental" y "El misterio del Dios cristiano" para la Maestría en Teología en la UCA de El Salvador. También, catedrático de "Cristología" tanto en el Intercongregacional de Confregua como en la Universidad Rafael Landívar.

Ha dictado conferencias tanto de temas filosóficos como teológicos en diversos países y universidades de América Latina. Ha publicado artículos en revistas teológicas: Revista Latinoamericana de Teología (El Salvador), Sal Terrae (España), Misión (Uruguay), etc. Ha coordinado talleres y seminarios de Reflexión Teológica para sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos en España, Panamá, Honduras y Guatemala.

Fue asistente personal del P. Ignacio Ellacuría, S.J. (+) y del P. Francisco Estrada, S.J., Rectores de la UCA de El Salvador. Fue miembro de la Comisión Teológica de la Compañía de Jesús en América Latina, representando a la provincia de Centroamérica.

UNIVERSIDAD E INVESTIGACIÓN



"Investigar es dedicarse a la realidad verdadera"

(Xavier Zubiri)



Sean mis primeras palabras para expresar la complacencia que siento de encontrarme entre ustedes, compartiendo algunas reflexiones sobre el tema que se me ha encomendado: la relación entre Universidad e Investigación. Agradezco a la Rectora, nuestra estimada amiga Dra. Mayra Luz Pérez Díaz, y a todo su equipo inmediato de colaboradores, su atenta y cordial invitación. He de confesarles que le respondí que "sí"; así, de manera rápida y expeditiva, quizá un tanto inconsciente del brete en que me estaba metiendo, no porque considere que mis inquietudes e ideas puedan otorgar claridad o hacer avanzar la temática en cuestión, sino porque me confortó y desafió la inmerecida oportunidad de acercarme a esta querida Universidad, en la que estudié un par de años en el primer lustro de los años ochenta del siglo pasado.

Mis primeros pasos en las lides del quehacer universitario los di aquí, en este Campus que está próximo a cumplir sus cincuenta años de existencia, medio siglo de andadura de servicio público y desinteresado en la búsqueda de la verdad que nos hace libres, que nos realiza como personas, y que sostiene, o debería de sostener, la justicia en nuestra convivencia. No cabe ninguna duda que para esta comunidad académica han sido años de bregar generoso, contra viento y marea -en mi época incluso en aulas sin puertas y sin ventanales-, únicamente comprometida con su propia identidad institucional de ser un espacio, una especie de taller, por el que han pasado generaciones enteras de nicaragüenses que han entrado en sus instalaciones con el deseo de aprender y han salido de las mismas con el ánimo y el equipamiento necesario para saber profesionalmente servir.

Entrando en materia, y dejando a un lado la variedad de enfoques o temas que podrían



(4) abordarse al respecto, me atrevería a sostener que estamos asistiendo, felizmente, a una segunda fase en el modo de plantear la relación entre esos dos elementos, el recinto universitario por un lado, y la labor de investigación por el otro. Aún quedan secuelas y resonancias de aquella primera fase. No debemos negarlo ni extrañarnos de ello. Evoquemos, rápidamente, en qué consistió el contencioso. La Universidad, se decía, o al menos sutilmente se insinuaba, no tiene como tarea constitutiva investigar. Lo suyo no consiste, fundamentalmente, en hacer avanzar el conocimiento de la verdad, sino en comunicarlo a los estudiantes y en divulgarlo a la sociedad. Educar, formar profesionales y generar culta opinión pública difundiendo los logros y los avances culturales, sería su finalidad central o el corazón de su quehacer.

Grandes pensadores y eminentes universitarios como José Ortega y Gasset en la tradición hispánica, y el Cardenal Newman en

la tradición anglosajona, eran insignes representantes de esta postura o al menos servían de apoyatura para la misma. Hagámosles justicia. Precisemos. Si ambos pusieron en duda que la investigación científica fuera parte inherente e irrenunciable al quehacer universitario, lo hicieron no porque menospreciaran la labor de investigación ni mucho menos, sino por todo lo contrario, porque investigar requiere un talento, una preparación y una dedicación especiales, además de laboratorios y soportes bibliográficos y documentales de tal envergadura, que por el bien de ambas instancias, no procedía su articulación; o al menos que cediéramos a lo que Carlos Tünnermann califica de "simulación" como fraude de lo que significa e implica una auténtica "investigación". Investigar en serio, con la rigurosidad y el espíritu crítico y constructivo correspondiente, no es viable en un recinto educativo en donde formar profesionales e incidir en la sociedad absorbe su tiempo, su interés y sus recursos.



En el extremo opuesto, se afirmaba que una universidad que no investiga y que no prioriza la investigación, es todo y cualquier cosa menos universidad porque, ¿qué conocimientos vamos a transmitir y a poner a producir socio-culturalmente si no los hemos encontrado ni descubierto? "Las universidades que no investigan son subuniversidades", afirmó el recordado y admirado premio Nóbel Bernardo Houssay.

La clarificación de la Misión de la Universidad ha ido re-enfocando el asunto y serenando las aguas. Ya no se traslapan su finalidad con sus funciones; tal como solía suceder en el debate en su aludida anterior fase. Investigación, docencia y proyección social –o extensión o responsabilidad como algunos formulan este tercer aspecto- son tareas universitarias, cauces de su una y única finalidad: la de ser la instancia racional catalizadora y acicadora de los cambios sociales que acrecientan equidad, que garantizan libertad y que hacen de la tierra nuestro en-

trañable y sostenible hogar. El rector mártir de la UCA salvadoreña, Ignacio Ellacuría, fue y es un clarividente expositor de esta idea de universidad y de la articulación interna de su triple funcionalidad.

Y es que el proceso de despejar nubes en la concepción de la misión universitaria, ha estado acompañado del re-situar los vínculos entre sus tres ya clásicas tareas, de modo que la complementariedad y el mutuo enriquecimiento van dejando atrás a la subordinación, la exclusión y la fusión entre ellas. Obvio que los énfasis institucionales entre dichas funciones varían según "tiempos, personas y lugares", como diría Ignacio de Loyola; pero las tres se requieren y están o deberían de estar presentes para el bien, la salud y el éxito de la única misión universitaria.

Y es que a la Universidad, a mi modo de ver, le corresponde un permanente habérselas con la verdad de la realidad, con la verdad del mundo, con la verdad de lo que somos y



podemos llegar a ser, como pueblos y como personas. Lo suyo es el desvelamiento, la manifestación y la hegemonía social de la verdad de nuestro origen, de nuestro entorno medioambiental, de nuestra aventura vital, de nuestra diversidad cultural y, porqué no, también de nuestro posible y deseado destino. La finalidad, la noble misión de la institución universitaria, es muy cercana a la concepción de "construir verdad" que anida en la tradición joánica neotestamentaria.

(6) Es en el horizonte de esa construcción en donde adquieren lugar y significado sus tres dedicaciones. "Construir" la verdad requiere que se le descubra, que afloren hallazgos y adelantos que se alcanzan gracias a la paciente y ardua labor de investigación. Así mismo, "construir" la verdad implica que nos "apropriemos" de ella, juntos, estudiantes y docentes, a través del aprendizaje y la enseñanza. La transmisión del conocimiento como un proceso de apropiación y recreación de lo encontrado es en lo que la función docente se centra.

Finalmente, sólo en la medida en que la verdad descubierta y transmitida se torna "relevante" a nivel social, cultural e histórico, podemos afirmar que el proceso de "construcción" de verdad ha alcanzado plenitud y redondez. Verdad encontrada y aprendida, verdad alcanzada y enseñada, que no incide, directa o indirectamente, en nuestra convivencia social, en nuestro devenir histórico, y en nuestros modos de afrontar, de padecer, de protagonizar, de humanizar el mundo; en otras palabras, que no es relevante para que nuestras vidas sean más dignas y mejores, es verdad inacabada e incompleta; más aún, verdad truncada y posiblemente falseada. Dispensen la insistencia y sean benevolentes con la imagen, la Universidad es como un único árbol que da muchos frutos porque posee tres frondosas ramas.

Acerquémonos, con cariño y con cuidado a la que, de entre ellas, se nos ha solicitado; es decir, a la investigación. Es innegable que investigar ya adquirió, gracias a la señalada



clarificación anterior, carta de ciudadanía en nuestras universidades. Ya no se le ve como un apéndice extraño y ajeno, como un elemento distractor de nuestra tarea de formación de profesionales y de nuestra responsabilidad social. Y esto, pese a que nuestras universidades latinoamericanas, por razones históricas que conviene no olvidar ni disimular, se inscriben en una tradición educativa y en un proceso social que no han subrayado y apreciado en su justa medida a la ciencia y a la tecnología.

Le debemos, a lo que se ha dado en llamar la tercera reforma de la universidad latinoamericana, gestada a finales de los años noventa del siglo pasado y que ha ido tomando forma en esta primera década del siglo XXI, el que tanto nuestras sociedades como nuestras instituciones universitarias, re-valoricen el quehacer investigativo, tanto como alimento e indicador de calidad de la labor docente y de formación profesional, así como de sustrato dinámico y pertinente de

la incidencia social a favor del desarrollo humano integral y sostenible.

No es casualidad que los Estados de nuestros países estén requiriendo cada vez con mayor fuerza e insistencia que las universidades investiguemos y que, aunque lamentablemente aún de manera más bien mínima, tímida y selectiva, estén anuentes a facilitarnos recursos para ello. Tampoco es casual que, internamente, las universidades, si no todas, al menos un sector significativo de las mismas, estemos empeñados en que en nuestra organización académica, en nuestro funcionamiento administrativo y en nuestra asignación de recursos, se refleje la importancia de la investigación como elemento irrenunciable de nuestra identidad como centros de educación superior. Institutos, agendas y programas de investigación, así como cuerpo de investigadores, soportes adecuados y medios de publicación y difusión de lo investigado, se insertan en esa revalorización, en ese re-encuentro.



(8) Ahora bien, como casi todo en la vida, el re-precio social de la importancia de la investigación para el anhelado desarrollo humano de nuestros países, y la merecida reubicación de su peso y su prestancia en el quehacer académico universitario, está amenazado de múltiples obstáculos, internos y externos. Dificultades que poco a poco van siendo subsanadas con creatividad, buena voluntad y en la medida de sus posibilidades por parte de los centros de educación superior; máximo cuando estos centros cuentan con el apoyo decidido, con el respaldo moral y efectivo, por parte de los gobiernos y del sector productivo de los países.

En las naciones en donde mejor se ha dado el re-posicionamiento de la labor investigadora de los recintos universitarios, es precisamente en donde se han elaborado estrategias y políticas de Estado, con la participación y consenso de los diversos sectores sociales públicos y privados, que apuestan por la investigación científica y la aplicación tec-

nológica como motor de desarrollo, de productividad y de bienestar social. En la región centroamericana, con alguna honrosa y admirada excepción, esta apuesta aún es demasiado incipiente y continuamente condicionada por los vaivenes de las tensiones políticas y los prejuicios ideológicos.

No procedería, en estos momentos listar esas dificultades, pues éstas se reducen, se amplían o adquieren matices específicos, según el país en el que estemos o de acuerdo a la universidad a la que nos refiramos. Sí me interesa que caigamos en la cuenta que tras ellas se asoma, en ocasiones de manera evidente y casi siempre de forma agazapada, un serio peligro, una grave amenaza; me refiero al fantasma del reduccionismo.

Investigar es hacer ciencia, científico es lo que se demuestra por experimentación y por comprobación, lo comprobado se valida en la medida en que posee aplicabilidad técnica...reza así, al menos ambientalmente, la



comprensión flotante, cuando no explícita y argumentada, e incluso medida con ciertos indicadores, de aquello en que consiste investigación. Pero ¿es esto cierto?, el adelanto en el conocimiento humano, objetivo de la labor investigadora, ¿es de exclusividad científica?, ¿es ciencia únicamente los procedimientos y los resultados de las así llamadas ciencias naturales?, ¿los resultados de las ciencias son valiosos sólo y en la medida en que tengan aplicación técnica? En definitiva, ¿son estas vestiduras las que tiene que ponerse la hija pródiga en su retorno a casa? muchos pensamos y nos atrevemos a decir que no.

Seguramente han caído ya en la cuenta que aquí es en donde percibo el elemento decisivo, el punto toral del problema, la raíz de los diversos obstáculos que se presentan a la función de investigación pertinente y de calidad que realizan o que desean realizar nuestras universidades. Me refiero a la idea misma que tengamos y promovamos de in-

vestigación. Porque ¿en qué consiste investigar?, ¿qué es lo que se investiga?, ¿qué es lo que le otorga la condición de científica, o de poética, o de filosófica, o incluso de teológica, a una específica investigación? No, no se preocupen. No voy a entrar a fondo ni en detalle en este problema. Ni es el momento, ni poseo la debida competencia para un abordaje de tal calado. Pero sí no puedo renunciar a trazar por dónde van las líneas del planteamiento y las vías, si no de solución, al menos de honrosas salidas.

Lo que se investiga, lo que la labor de investigación se trae entre manos, su objeto formal y material es la realidad, diría Xavier Zubiri. ¿Realidad? Sí, ese suelo nutricio que nos sostiene, que nos arraiga, que nos conforma, que nos envuelve, que es a un mismo tiempo interior y exterior a nosotros, que nos ata y nos arrastra, que nos condiciona y nos catapulta, que tiene una enorme capacidad para resultarnos grato y placentero y en no pocas ocasiones sumamente doloroso e hiriente,



que nos doblega y nos levanta, que nos sobrecoge y nos fascina... ¡la realidad, nuestra morada! Morada de múltiples estancias o, si lo preferimos decir de otra manera, de diversos órdenes. El orden físico, el químico, el biológico, el astronómico, el antropológico, el mental o psicológico, el lingüístico, el social, el histórico, el ontológico, el trascendental, etc. Riqueza, diversidad y dinamismo, interna y estructuralmente vinculados, caracterizan a lo que hemos nombrado "realidad".

(10)

Al investigar estos órdenes, al explorarlos haciendo uso de nuestra inteligencia de una forma metódica y ajustada a cada ámbito, vamos tras sus propiedades y sus características, sus leyes y sus excepciones, su consistencia y su urdimbre interior, su acontecer y su estructura. Vamos tras la vida misma, y casi siempre sin tener del todo claro lo que nos impulsa a ello y lo que con ello pretendemos; tal como de sí mismo afirmó el también premio Nóbel Severo Ochoa: "¡Me he dedicado a investigar la vida y no sé por qué ni para qué!"

Y es que a la condición humana misma le es inevitable explorar su morada, desentrañarla, ponerla al desnudo y marcarle su impronta, auscultarla y embellecerla, dominarla y des-atarla. Toda una faena de descubrimientos y desciframiento de enigmas, de disolución de ignorancias, de superación de errores y eliminación de prejuicios; en fin, de investigarla... resultando no un juego ocioso o laberíntico, sino que obteniendo de ella lo que el lúcido y penetrante Ortega y Gasset llamó "averiguaciones". Así tradujo la famosa "alétheia" griega. Verdad, no como algo fijo e inerte, sino como acción siempre fértil. Lo averiguado es la realidad desnuda, la acción de investigarla, de despojarla de sus máscaras y sus ropajes, es averiguarla, y los resultados, los hallazgos, son sus múltiples y diversas verdades, las averiguaciones, los conocimientos. Porque la realidad es en sí misma inagotable, su investigación resulta inacabable, y los resultados de tal menester, siempre mejorables.



¿Cómo vamos, pues, las universidades, que somos instancias de lucha con la verdad, a prescindir de su constante búsqueda?, ¿o a ceñirla a alguno de sus costados o aspectos? ¡Imposible! Estaríamos apostatando de nuestra identidad y de nuestro rol en la sociedad. La Universidad que no investigue se expone al adoctrinamiento de supuestos profesionales y a la legitimación del status quo social; y viceversa, la sociedad que no asigna esa tarea a las universidades y las respalda efectivamente, respetando y fortaleciendo el carácter múltiple de la misma, no sólo se condena al atraso o al progreso parcial y deforme de uno de sus ámbitos, sino que, además, estaría distorsionando y falseando a la propia labor de investigación.

No es la universidad el único espacio para dedicarnos a "averiguar", por supuesto. Pero es un hábitat natural de esa humana y académica tarea, si queremos no domesticarla o someterla a intereses no pocas veces ajenos a su finalidad y a su derrotero. A la

investigación en cuanto quehacer intelectual, le ocurre lo que a la esperanza como virtud espiritual. Sin cimentarse en la fe y consumarse en el amor, la esperanza no es tal, sino expectativa ingenua e inoperante; al menos desde la visión cristiana. La investigación que no alimente la docencia y que no oriente el devenir social a más allá que la apremiante competitividad, se arriesgaría a la amputación, al sometimiento y al utilitarismo. Ya no sería investigación, sino justificación e instrumento.

Averiguar, asimilar y transmitir, proponer e irradiar verdades...es lo que hace o debería de hacer, procurando la mayor proporcionalidad interna posible, toda auténtica universidad. En ese irrenunciable alumbramiento de verdad ha recuperado la universidad a la investigación, al momento de búsqueda y auscultación de la misma; y, visto desde el otro ángulo, ese momento de búsqueda retorna a casa consciente de que sin ella habría una oquedad imposible de llenar y que



mientras más lejos se sitúe o se deje colocar de su techo, más a la intemperie queda de ser domesticada, encorsetada y fragmentada.

(12) Ambas, universidad e investigación, inevitablemente expuestas a los contextos sociales e históricos, han de tener presente la evidente actualidad de aquella frase de Pascal: "La verdad está tan obnubilada en este tiempo y la mentira está tan sentada, que, a menos de amar la verdad, ya no es posible conocerla". Solicito a esta querida Universidad -a todos y a cada uno de ustedes-, que fue la primera en Centroamérica en el siglo XX en plantear la inspiración cristiana como fuente impulsora de ese amor a la verdad, continuar siendo pionera, con creatividad, entereza y rigor, en ese empeño compartido por desterrar de la historia lo que ha sido la causa de su permanente drama y agónica tragedia: el pecado contra la Verdad. Académicos, estudiantes, autoridades y gestores, sigamos acogiendo la exhortación joánica a ser "cooperadores de la verdad".

A todos y a cada uno, mucho ánimo en este nuevo año académico y muchas gracias por su paciente escucha.

Rolando Alvarado, S.J.

Marzo de 2009.



UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA (UCA)

MANAGUA, NICARAGUA

MARZO 2009